

**II PREMIO DE “IGUALDAD EN LA
FACULTAT D’ECONOMIA:
RELATO CORTO SOBRE TECHOS
DE CRISTAL”**

Relatos premiados:

Primer premio

Ella no lo sabe.

Autor: Maximiliano Jarque Blasco

Primer accésit

Setze minuts.

Autora: Elsa Perpiñá Subiñas

Segundo accésit

Cristalino.

Autor: Raúl Martínez Ayuso



La Facultat d'Economia a través de su Comisión de Igualdad convocó el II PREMIO DE "IGUALDAD EN LA FACULTAT D'ECONOMIA: a los mejores relatos cortos sobre techos de cristal y se lleva a cabo su segunda edición gracias al apoyo a esta iniciativa de la Unitat de Igualtat de la UV y del Vicerectorat de Cultura i Igualtat.

Los relatos debían versar sobre los "techos de cristal" que dificultan y limitan el acceso de las mujeres a cargos de mayor responsabilidad. Estos techos, no son el resultado de leyes o disposiciones sociales establecidas que impongan una limitación explícita, sino que hacen referencia a aquellas barreras veladas o invisibles (de ahí la denominación de cristal), y por tanto difíciles de traspasar, que limitan y/o les impide el ascenso en sus carreras profesionales.

El jurado reunido el lunes dieciséis de febrero y el lunes dos de marzo valoró, siguiendo las bases de la convocatoria, que el contenido se ajustará al tema de los techos de cristal, la calidad literaria del relato corto y la capacidad de generar empatía en sus lectores.

Los miembros del jurado, hemos disfrutado leyendo las propuestas y nos hemos sorprendido del alto nivel literario de nuestros compañeros y de nuestros estudiantes. Enhorabuena a todos los participantes.

Tras el fallo del Jurado conocimos quiénes eran los autores. Nos asombró muy positivamente que el 85% de los candidatos fuesen estudiantes pero sobre todo que la mitad de los relatos los hubiesen escrito hombres. Lo celebramos como un signo del camino recorrido en temas de igualdad en la que tanto mujeres como hombres son sensibles a la realidad de la desigualdad.

Los relatos nos transmiten esfuerzo, fracaso, desesperación, injusticia y dolor; pero también esperanza, ilusión y oportunidades. Nos han hecho partícipes de sentimientos de engaño, de desprecio, de sentirse tratado como incompetente, como débil, como inútil, como tonta; pero también la fortaleza para no agachar la cabeza, para no aceptar lo inaceptable, lo injusto, para dejar de ser amable.

Tras la deliberación el jurado decidió por unanimidad dar el segundo accésit a un relato corto que nos narra que aunque las cosas no siempre empiezan bien, lo importante no es como empiezan sino como acaban. El accésit es para el relato corto con el título Cristalino, presentado por Raúl Martínez Ayuso.



El primer accésit es un relato corto que genera empatía con el lector, sientes que eres la persona sentada en la silla que está a la espera de una de las decisiones más importantes de su vida. Es un relato que refleja la sociedad en la que vivimos pero que transmite un mensaje positivo y un desenlace que permite vislumbrar que las cosas se pueden cambiar. El accésit es para el relato corto Setze minuts o les pitjors barreres son les que ens imposem a nosaltres mateix presentado por Elsa Perpiñá Subiñas.

El primer premio, presenta la evolución de una mujer y utiliza como metáfora de crecimiento personal la construcción de una obra. Termina con un mensaje optimista “Parece que el techo de cristal del edificio, que empezó a construirse cuando María era niña, comienza a agrietarse, quizá muy poco a poco, o a lo mejor no queda tanto para que caiga al suelo y se haga añicos, para que entre el sol y el aire renueve todo. Ella no lo sabe pero quizá sea el principio para que otros techos también se desplomen. Y de paso entierren tantos prejuicios, estereotipos y desigualdades”. El premio es para el relato “Ella no lo sabe” presentado por Maximiliano Jarque Blasco.



ELLA NO LO SABE

Autor: Maximiliano Jarque Blasco



-1-

Ella todavía no lo sabe. Es muy niña. Juega a la goma o a pillar entre los coches de los maestros con sus amigas en el patio del colegio. Apura el recreo antes de que toque la sirena y tenga que entrar en clase. El aula está poco ventilada y huele a tiza. Cerca de su pupitre hay una ventana desde donde observa como el viento mece las hojas de las palmeras.

Desde el balcón de su casa se ve el colegio. Esta mañana, su abuela se ha asomado y ha visto al señor Eduardo, el conserje que vive allí, encerrar a los perros (dos pastores alemanes enormes, que aterran) y abrir las puertas para que los niños subiesen la rampa. Es cuando, ha avisado a su nieta para que se levantase, porque iba a hacer tarde. Su madre la ha vestido con un suéter azul marino de cuello alto y la falda escocesa que tanto odia la niña, con un imperdible para que no se abriese y enseñase las piernas. Después, la ha peinado con una coleta de lado (su madre copia los peinados de una presentadora que toca el piano en televisión). Eso sí, le ha apretado la coleta bien fuerte, una cosa que no soporta la pequeña. Antes de que se fuese, María, que así se llama la chiquilla, ha cogido unos tambores de Colón vacíos para hacer la falla de la escuela. Su grupo va a hacer unos ninots con pantalones de color azul.

La niña ha cogido unas tijeras nuevas y se ha cortado el pelo, no es la primera vez que lo hace. Su madre ha cogido un disgusto, de nuevo. Es mediodía y no puede llevarla a la peluquería, entonces la acerca al colegio toda llena de trasquilones. La niña se muere de vergüenza. Muchos años después, ojeando un álbum familiar verá aquella foto en la que posa con el pelo a lo *garçon*, entre sus dos hermanos y, claro, con la falda escocesa y el imperdible, que sirve para esconder sus piernas.

Por las tardes, a María le gusta hacer los deberes con su hermano mayor, mientras meriendan. Se tumban en el suelo de la salita, al lado de la puerta del balcón y una ringlera de hormiguitas viene a robar las migas de pan que caen de sus bocadillos. Hormigas parecidas a las que deambulan por los túneles del hormiguero que han hecho en clase, y que hipnotizan y dejan boquiabierta a la niña. Porque a ella le encantan los experimentos. Es curiosa. El otro día en el patio con una lupa y los rayos del sol encendieron una cerilla, y ayer plantaron lentejas en un algodón.

Hoy María ha visto a Don Eduardo, el conserje, por la calle. Y se ha llevado una sorpresa. Es la primera vez que lo ve fuera del cole. Ella pensaba que él tenía prohibido salir de allí, que era una especie de prisionero. Su hermano pequeño la ha acompañado a comprar material escolar. Está contenta porque estrena una goma Milán con olor a nata y una caja de lápices de colores “El Castillo”, que son sus favoritos. Falta mucho tiempo aún para que, ya adulta, vea por casualidad esta marca de pinturas en una papelería de barrio de Barcelona y rememore la EGB.

María es buena y estudiosa. A los que se portan mal en clase, los ponen cara a la pared, de rodillas, con una silla en la cabeza. Por fin le han castigado, y parece aliviada. No quiere ser menos que los demás.

Un día lejano, cuando María esté sentada en un banco del parque recibiendo los tibios rayos de un sol de invierno, recordará el olor a tiza del aula, el belén gigante, el deportivo azul de Doña Pilar, el sonido de la campana que la maestra tenía sobre su mesa, y que según la leyenda una vez algún profesor lanzó sobre un alumno abriéndole la cabeza, o los bocadillos que su madre le pasaba alguna vez a través de la verja del patio. Y sabrá que los recuerdos no solo se forjan de imágenes, sino que también se construyen de olores, de sonidos, de sabores.

(Ella no lo sabe, pero ya han empezado las obras. Tienen el terreno, los planos y la licencia municipal. Ya trabaja la retroexcavadora moviendo la tierra para la cimentación. Han buscado capas de suelo firme. Han terminado de excavar, han puesto hormigón de unos diez centímetros de grosor para que la superficie quede limpia, para poner el forjado de hierro. Ahora toca las varillas y los estribos. El camión hormigonera descarga a través de la canaleta...)

-2-

María está ya en el instituto. Ella vive en un barrio obrero de la periferia de la ciudad, habitado en su mayoría por inmigrantes venidos de provincias limítrofes, que abandonaron la tierra en busca de fortuna. Los hombres trabajan en las fábricas a turnos, algunos se pluriemplean para poder pagar las letras de los pisos. Las mujeres cogen el autobús y se van a limpiar los pisos de la gente de la capital. Todo el dinero es poco para llegar a fin de mes. Si en las casas hay abuelos, se ocupan de los nietos, si no los hay, mala cosa. Los chavales campan por la calle. Y son dos sus ocupaciones favoritas: jugar a fútbol y robar. María tiene otros pensamientos. Necesita aprobar y sacar buenas notas, pues depende de las becas para seguir estudiando. Y, si bien es cierto que le gusta juntarse con la peña más inquieta a fumar canutos en el pub “El huevo”, como así han bautizado al lavabo más próximo al patio del instituto, no es menos cierto, que María no descuida sus estudios y sigue siendo la alumna más brillante de la clase, y lo que es más importante, tiene gran predicamento entre el alumnado. De hecho la han elegido delegada de clase. Confían en ella para que los represente, porque sabe hablar bien en público y no se achanta a la hora de defender sus derechos frente al profesorado. Ella tiene inquietudes políticas, simpatiza con el PCE. Y le rechinarán las palabras de Felipe González, aquello de "Hay que ser socialistas antes que marxistas" que dirá en el XXVIII Congreso del PSOE. Afirmación que ella juzgará como paradójica.

María forma parte activa del movimiento estudiantil. Ahora toca luchar por la retirada de la LAU, que quiere aprobar el gobierno de la UCD. Coordina la huelga en el instituto y prepara las movilizaciones. Acude a la manifestación como muchos otros. En las pancartas se pueden leer lemas que expresan el rechazo al conjunto de la política educativa del Gobierno, a la exigencia de la retirada del proyecto de Ley Orgánica de Autonomía Universitaria. Pero la cosa se ha puesto fea, los antidisturbios han hecho piña, se han ceñido los cascos, han desenfundado las porras, y a la orden de un toque de silbato han salido disparados. María corre como el que más. Trata de escapar cuando desde los Viveros tuerce por Blasco Ibáñez y trata de refugiarse en alguno de los locales de la avenida. Pero los comerciantes no quieren líos y cierran sus puertas y bajan las persianas, y ponen en bandeja la represión policial. Y en ese escenario la policía golpea con saña a los estudiantes. María no va a ser menos y recibe lo suyo. Nunca quiso ser menos que los demás.

(Ella sigue sin saberlo, pero la obra sigue. Acabados los cimientos, con el forjado de la planta baja hormigonado, se puede empezar a levantar el muro, las paredes de la planta. Una vez puestas las varillas de los pilares, colocan las vigas. Entre las vigas se colocan las bovedillas. La estructura del edificio se compone de pilares, vigas, paredes y techos. Mientras almuerzan los obreros, en la radio suena una canción de Pink Floyd: “Another brick in the Wall”. A fin de cuentas, es sólo otro ladrillo en la pared.)

-3-

En la Facultad ha conocido a Pedro. Es uno más del grupo con el que se mueve María los jueves por Xúquer, compartiendo infames cubalitos de limón malo y ginebra de garrafón. El mismo tipo de bebida que se sirve en las fiestas universitarias de Económicas o Agrónomos. Esta noche han quedado los dos solos y al calor de las velas de un pub de la plaza Honduras han empezado a hablar de amor y han acabado follando en su piso de estudiantes, es lo que tiene el agua de Valencia.

María ha acabado la carrera. Es la mejor de su promoción. Ha ganado una plaza de Ayudante en la Facultad. El Departamento tenía otro candidato y han tratado durante dos horas de persuadirla para que renuncie a la plaza. Ella no ha cedido, tiene otra oferta de profesora asociada pero el sueldo es bastante peor. Acaba de casarse con lo puesto: apenas una cama de matrimonio, dos sillas, una mesa y una caja de cartón sobre la que reposa una tele pequeña. Sabe que no le van a poner las cosas fáciles. Sabe que tiene que cumplir más que nadie. Hace cursos para seguir formándose, publica en revistas de impacto, hace estancias en otras universidades (Stanford, Madrid...), sufre aprendiendo inglés. (Lejos quedan sus libros de francés de Sonimage: *Je suis Jacques, je suis Français*).

María ha opositado y ha sacado la plaza de Titular de Universidad, nadie le ha regalado nada. Sigue investigando y publicando, echándole muchas horas, sacrificando los fines de semana. Trabaja mucho y sin descanso.

María ha tenido que esperar a que otros compañeros accediesen al puesto antes de poder optar a la cátedra. Aunque ella tenía el mejor currículum.

En el Campus de Deportes cuatro profesores de la Facultad juegan al pádel con más empeño que acierto, todo sea dicho. Conversan entre punto y punto. Las elecciones a Rector están al caer. Se rumorea que hay un grupo que quiere convencer a María para que sea candidata. Hablan maravillas de su compañera: de su inteligencia, de su capacidad, de su labor investigadora, de su calidad como docente. Ya en el vestuario, mientras se duchan y se miran de reojo a ver quién la tiene más grande, como si no lo supiesen de otras veces, llegan a la conclusión de que sería una gran Rectora, sin duda. Pero, claro, el único problema es que es una mujer, con lo que todo eso conlleva. Para ser Magnífico hace falta autoridad y mando.

Y, ciertamente, un día después, un compañero que representa a un grupo pasa por la Secretaría del Departamento a preguntar por el despacho de María. Un PAS le dice que fuera, en la cristalera de la ventanilla, hay una relación con todos los despachos de los profesores. Lee el D07. A María le cuesta asumir el ofrecimiento. Le agradece que hayan pensado en ella, pero le pide un tiempo para tomar una decisión.

Ella habla con su marido, éste le dice que si se presenta y sale elegida no va a poder conciliar su cargo con la vida familiar. Ella también ha pensado en ello, pesa su condición de madre, no querría renunciar a esa relación tan intensa que tiene con sus hijos.

A María esta noche le cuesta dormir, y no solo por los sempiternos ronquidos de Pedro. Cavila tantas cosas. Piensa en qué momento de su vida perdió su ambición para llegar a lo más alto, ella que por ser mujer tuvo que trabajar el doble para demostrar la mitad. Quizá fue cuando tuvo a los pequeños, quizá fue cuando su marido le convenció de que debía estar por sus hijos. Igual fue en aquella época que Pedro se presentó y fue elegido Director de Departamento. Igual, su tren pasó, igual este puesto no es para ella.

(Y llega el momento final, el remate de la obra. Ha hecho falta alquilar una grúa para mover y elevar el techo de cristal. Y seis obreros para colocarlo. El vidrio pesa un poco más de doscientos kilos y es de gran grosor, va a ser difícil atravesarlo. María ya tiene su techo, su barrera invisible, que le va a impedir seguir avanzando.)

-EPÍLOGO-

La Junta Electoral ha proclamado definitivamente las candidaturas a Rector y a Rectora. María ya es candidata. Ya tiene su programa y el nombre de los miembros de su equipo de gobierno. Cabe la posibilidad de que salga elegida, puede convertirse en la primera Rectora de su Universidad. Ya toca cambiar la historia después de cinco siglos.

(Parece que el techo de cristal de ese edificio, que empezó a construirse cuando María era niña, comienza a agrietarse, quizá muy poco a poco, o a lo mejor no queda tanto para que caiga al suelo y se haga añicos, para que entre el sol y el aire renueve todo. Ella no lo sabe, pero quizá sea el principio para que otros techos también se desplomen. Y de paso entierren tantos prejuicios, estereotipos y desigualdades.)

SETZE MINUTS

Autora: Elsa Perpiñá Subiñas



“Les pitjors barreres són les que ens imposem nosaltres mateixos.”

Un marc penjava de la paret blanca de l'habitació. Era una fotografia en blanc i negre, i pel seu aspecte devia estar presa feia algunes dècades enrere. Els tres personatges que podien veure-s'hi ho confirmaven: es tractava del senyor Alfonso Tejado, fundador de l'empresa Frez; al seu costat, Vicent Tejado amb no més d'una vintena d'anys, el seu fill i actual director de l'empresa; i finalment, la seua dona, la senyora Clara Rodrigo, que ocupava un racó de la imatge, mirant somrient l'encaixada de mans entre els dos barons.

Davant la il·lustre escena hi havia una dona d'uns 40 anys. Portava els cabells castany clar perfectament arreplegats en un monyo, d'acord amb la impecable camisa blanca, jaqueta americana i falda de tub, vestimenta que donava a entendre que aquell no era un dia qualsevol a l'oficina. Estava asseguda en una cadira que, pel seu continu canvi de postura, devia ser incòmoda, encara que tal vegada la seua inquietud fóra deguda a un altre motiu. Estava en joc el càrrec de director de màrqueting de l'empresa Frez, i com si d'una nominació a l'Òscar es tractara, els nervis s'anaven apoderant de l'ambient.

Laura havia somiat amb un càrrec així des que va descobrir la seua passió pel màrqueting. Els seus companys d'empresa la descrivien com una dona alegre, responsable, perfeccionista i un xic despistada, però aquells que la coneixien des de xicoteta eren conscients que més aviat la seua ment, de tant en tant, es prenia unes ràpides vacances en algun lloc perdut de l'univers. I encara que de vegades era un poc molesta aquesta falta d'atenció momentània, indubtablement era part del seu encant. Contínuament qüestionava tot el que l'envoltava, i tenia especial interès envers el pensament humà i les seues reaccions a estímuls externs, encara que de xicoteta ella ho anomenava “Com puc fer que els meus pares vulguen comprar-me aquesta nina?” i derivats. És clar que en aquests casos també ajudava la seua faceta de persistent a l'hora d'aconseguir un objectiu.

Totes aquestes qualitats, acompanyades d'un dur treball, l'havien portada fins a aquella habitació, que en un dia com aquell era tot menys càlida. Però no estava sola: l'acompanyaven Guillem, un dels seus companys i gran rival en la lluita pel càrrec; i Jaume, una nova incorporació que les males llengües relacionaven amb una presumpta amistat amb el director de Frez. Dos homes i una dona. I el seu cap va començar a cavil·lar.

Dos minuts. Recorda la seua infantesa amb la tendresa amb què la majoria de gent la recorda. Aquells temps en què cada dia era una nova aventura i jugar era la millor manera d'aprendre. D'aprendre a parlar, després de ser sols capaç d'articular sons estranys; a caminar, després de moltes caigudes; a ser recompensada o castigada

responsabilitzant-se pels seus actes i a no sucumbir davant les dolentes crítiques de companys maliciosos, entre moltes altres coses. Però també va creure dos xiquets amb qui jugava al pati quan li van explicar que ella mai no podria ser tan forta com ells, pel fet de ser xiqueta.

Dos homes i una dona, i la probabilitat ja estava en contra seua.

Quatre minuts. Aquella etapa intensa, convulsa i plena de canvis de tot tipus anomenada adolescència, va determinar el seu caràcter. Ho va fer amb paraules dolces, que la van fer innocent; amb paraules sàvies, que li van aportar coneixements; amb paraules amargues, que la van fer forta; i amb paraules d'ànim, que van procurar que feia cara a qualsevol dificultat amb un somriure. Però ella sabia que una paraula de més la podia fer fràgil si la pronunciava qui també deia estimar-la. I finalment no va aconseguir que l'opinió dels altres valguera menys que la seua pròpia.

Enfonsada en els seus pensaments, Laura va sentir-se un poc més menuda en advertir la mirada dels companys. Hauria jurat que les rialles havien sigut causades per comentaris dels dos, que anaven desprestigiant la seua trajectòria professional. És més: estava quasi segura que si els ulls parlaren, els de Guillem i Jaume li haurien dit que no tenia possibilitats d'aspirar al càrrec. Quan, en realitat, es tractava d'una conversa banal entre dos persones que no es coneixien.

Sis minuts. La universitat, sens dubte, va ser la consagració de la seua maduresa. Hi va conèixer persones extraordinàries, hi va viure noves experiències i s'hi va formar, tan intel·lectualment, com personalment. Mai no oblidaria la satisfacció de fer les coses ben fetes ni la il·lusió que sentia quan estudiava allò que realment li agradava, somiant el moment de posar aquests coneixements en pràctica. I somiant en gran, com quan pensava a arribar a ser directiva d'una multinacional o ser reconeguda pel seu treball internacionalment. Quina va ser la seua sorpresa quan un dels seus companys (qui sap si de forma malintencionada o no) va pronunciar la frase "Sabíeu que sols el 30% dels alts càrrecs estan ocupats per dones i que, a més, cobren quasi un 20% menys que els homes per la mateixa feina?".

Ara Laura estava apunt de comprovar-ho en primera persona. Quan la van informar que era una candidata per ser la directora de màrqueting va iniciar les seues pròpies investigacions: Frez era una de les empreses filials de Mural SA, i segons les dades aportades per la web, només un 20% dels directius eren dones. Ho tenia difícil, però estava disposta a acceptar el repte. Si més no, ho havia estat fins feia sis minuts, abans que les inseguretats començaren a rondar pel seu cap.

Vuit minuts. El seu primer treball no era el que havia planejat. Després d'acabar els estudis es va veure amb la necessitat de guanyar diners per poder emancipar-se i considerar-se, d'una vegada, una adulta independent. D'entre tots els currículums que

va enviar a diferents empreses, la va acabar seleccionant una reconeguda marca de cosmètica. El seu ofici? Dependent a una botiga, amb activitats tan relacionades amb els seus estudis com la neteja de prestatgeries i la reposició de productes, entre altres. Completava el seu treball de mitja jornada amb ocasionals serveis com a coctelera en una discoteca els caps de setmana. “Pluriocupada” l’anomenarien alguns, però la veritat era que així no podria pensar a independitzar-se fins als 45 anys. De tota manera, va intentar veure la part positiva quan el seu tracte amb els clients millorava, com també ho feia la relació director-empleada.

S’obri la porta del despatx del director, i el soroll que produeix l’acció interromp el clima. Els tres alcen el cap i dirigeixen la mirada cap a Vicent Tejado, que apuntava per la porta. Era un home alt, i sempre utilitzava vestits obscurs i corbates discretes per anar a l’oficina. La seua posició alçada i la seua mirada desafiant el feien semblar una persona seriosa i de fort caràcter. Encara que no ho admetrien mai, fins i tot els treballadors més decidits li tenien un profund respecte.

Amb veu clara i ferma, va indicar a Jaume que entrara al seu despatx. Ell s’aproximà a l’habitació i la seua imatge va desaparèixer quan va tancar la porta. El veredictes estava fet, i ja no hi havia volta de fulla. I aquest pensament va posar més nerviosa Laura.

Deu minuts. La cridada que va rebre en acabar la seua jornada anava acompanyada d’una de les millors notícies de sa vida. Quan va obtenir el seu primer treball va continuar enviant currículums a diferents empreses que oferien algun càrrec relacionat amb el màrqueting. Per això, quan va despenjar el telèfon i va comprovar que es tractava d’una cita per a una entrevista, quasi va anar saltant fins a casa seua.

La cita va tenir lloc a la planta baixa d’un hotel en un dia especialment plujós de tardor, però ella mai no s’havia considerat supersticiosa. Va conèixer alguns dels candidats mentre esperaven el torn de l’entrevista, i malgrat el nerviosisme del moment, tot va anar com la seda. Dies més tard, li van anunciar que entrava a treballar en l’empresa Frez, un matí en el qual el sol va brillar com no ho havia fet en setmanes.

Va començar, com en la majoria de noves etapes, amb dificultats. Al principi, més d’un la va confondre amb la xica de les fotocòpies o la xica del cafè, però amb el seu esforç i treball poc a poc va anar guanyant-se el respecte que mereixia. Sí, guanyar-se’l. Perquè segons semblava, allí el respecte no anava implícit en el fet de ser una persona educada, i ser una xica jove tampoc no hi ajudava.

S’obri la porta del despatx del director. Jaume ix somrient i es dirigeix cap a l’eixida més pròxima, però abans pronuncia una paraula que sols sembla clara per a Guillem: “fet”.

Laura s’enfonsa, i Guillem és el següent a entrar.

Dotze minuts. Estava aterrada pel part, però prompte va descobrir que allò no seria el pitjor dels mals.

La decisió de quedar embarassada va ser una de les més difícils i importants de la seua vida. Ja no per les implicacions directes de triar un moment en el qual els futurs pares estigueren completament disposats a tenir un descendent, sinó pel que implicaria per a la vida laboral de Laura. Ella es trobava en un moment d'èxit dins de l'empresa, havia realitzat diverses campanyes que havien funcionat molt bé i n'hi havia prou amb el seu sou, junt amb el del seu home, per mantenir-se ells mateixos, el seu habitatge i pensar en un futur tercer membre. Era conscient que seria difícil portar-ho tot alhora, però ho aconseguiria.

Tot va començar quan la panxa estava ja unflada, de forma que l'embaràs era visible per als companys de l'oficina. Van ser moltes paraules d'alegria i d'enhorabona, però també van haver-hi comentaris (en un principi de broma) que insinuaven que la maternitat seria una causa de distracció en la feina, que acabaria ocasionant-li maldecaps. Laura no va fer cas d'aquests comentaris, fins al dia que es va reunir amb el director per sol·licitar la baixa de maternitat. La llei concedia 16 setmanes de descans, però Vicent Tejado, amb l'excusa del llançament d'un nou producte, va insinuar a Laura que hauria de continuar part del seu treball des de casa... si volia optar en un futur a un càrrec superior. A partir d'això, tot es va convertir en una cursa a contrarellotge. Va haver de fer grans esforços per lliurar els treballs a temps, renunciant a hores de son (que ja eren quasi inexistent, perquè els bebès mai no han entès d'horaris), i més tard, amb la reincorporació de Laura, a hores cuidant i criant el seu fill, amb només dos mesos de vida.

De vegades pensava que va sacrificar massa pel seu treball, i encara que qualsevol moment lliure que tinguera el destinava a passar temps amb la seua família, no era capaç de compensar-ho. Però ja estava fet, i gràcies a aquell esforç ara podia optar a un ascens, que si l'aconseguia, el celebraria amb el seu home i el seu fill, que ja era un xicot de 5 anys.

Catorze minuts. Segurament Laura no coneixeria mai Niam, Jalâl o Cristina, però sí que recordava les seues històries que tant li van impactar quan les va escoltar a les notícies.

Niam, d'origen xinés, va nàixer xiqueta junt amb el seu bessó, Shaoran, al si d'una família pobra, i ho va fer en un dels pitjors moments. La llei només permetia un fill per família i ella va ser l'escollida. L'escollida per ser abandonada.

Jalâl, d'origen àrab, no va arribar a l'escola aquell dia. Dos homes la van segrestar, en van abusar i després la van deixar en un camp. Després de la terrible experiència, va

decidir que l'opció del suïcidi seria la menys dolenta. Si tornava a casa, acabaria morint també, però a mans de la seua família.

Cristina, d'origen espanyol, va decidir callar i esperar que tot fóra un malson passatger. Així que un bon dia, el seu home, després de haver-se divertit amb els colps dies abans, va decidir acabar amb la seua vida amb cinc punyalades.

Van ser tres notícies que, una vegada més, reflectien les diferents maneres que cobrava el masclisme en tres cultures diferents. El més perillós de tot és que el masclisme no sols tenia diferents formes, sinó també diferents intensitats.

Segurament, moltes dones com Laura no havien pogut distingir els graus més subtils de masclisme patits durant la seua vida. Aquests s'havien anat amagant en racons de la seua ment, i poc a poc elles havien anat considerant-los normals. Però era difícil intentar canviar tota una societat que històricament havia sotmès les dones en molts aspectes.

Guillem ix del despatx, i això significava que el torn de Laura ha arribat. Ella espera que el director la cride, però en compte d'això, Vicent Tejado la fa esperar, encara més del que hauria calgut, per atendre una telefonada, segons ell, de caràcter important.

Setze minuts. A la fi el director vol reunir-se amb ella, i quan l'avisava, Laura s'alça de la cadira i, tot d'una, se sent relaxada. A cada pas que fa cap a la porta es sent més lliure, i se sent més forta. Els setze minuts que havien passat li havien resultat tan llargs com una vida, tan pesants com portar cadenes enganxades al cos, i tan angoixants que l'havien feta sentir menuda dins d'una presó que no era de la seua mida. Havia arribat l'hora de conèixer la veritat, i qualsevol que fóra el resultat, l'anava a afrontar amb valentia.

L'endemà es presentarien tres canvis per a l'empresa Frez, que consistirien en un ascens i dos trasllats. L'ascens de Laura al càrrec de directora de màrqueting en l'empresa Frez, i el trasllat de Jaume i Guillem a l'empresa matriu Mural SA, que ocuparien dos càrrecs de directiu molt ben pagats.

CRISTALINO

Autor: Raúl Martínez Ayuso



Jessica apagó el motor de su coche con una pereza desmedida. Los ojos se le cerraban del sueño. No había conseguido dormir nada esa noche. Sacó la llave del contacto, salió del coche y cerró la puerta con parsimonia. El parking de la oficina en esos momentos estaba desierto. Y no era algo extraño, ya que la oficina abría 30 minutos más tarde, pero Jessica tenía bastante trabajo acumulado en su mesa y la mayoría eran encargos de su jefe. Por cada minuto que pasaba, el tráfico se acrecentaba. Las calles de la ciudad estaban despertando. Y lo mismo ocurría con los conductores.

En una rotonda de excesiva congestión, un coche llegaba a toda velocidad dando tumbos de un lado a otro, saltándose un semáforo en rojo que segundos antes había estado en ámbar. Uno de los coches que en esos momentos tenía preferencia para pasar en el cruce, puso el freno de mano para evitar un choque. Jessica no se percató de que aquel coche, se dirigía hacia ella a toda velocidad. Cuando el semáforo cambió a verde, ella se dispuso a cruzar y solo había dado unos pasos cuando el vehículo apareció ante ella a escasos metros de distancia. Por instinto, dio un paso atrás lo más rápido que pudo y el conductor viró el coche a su izquierda para evitar el atropello. A pesar de las maniobras el coche rozó con su lateral a Jessica lo suficiente como para hacerla perder el equilibrio y caer al suelo. En el suelo, conmocionada, miró a su alrededor intentando entender qué había pasado. Estaba temblando de arriba a abajo. Notó un dolor agudo en su mano al apoyarla en el frío asfalto. Tenía una ostentosa herida en mitad de la palma de la mano. El coche había parado más adelante quedando parcialmente encima de la acera. El conductor bajó y caminó lentamente hacia Jessica.

-¿Pero a usted qué le pasa, no sabe lo que es el freno?- le espetó ella desde la distancia.

El hombre se paró en seco. Se quedó quieto durante unos segundos, soltó una risa burlona e inesperadamente dio media vuelta. Entró en su coche, puso el motor en marcha, aceleró bruscamente y se alejó del lugar.

-¡Eh!- gritó ella. Sin embargo fue en vano. Los viandantes que pasaban en esos momentos por la zona soltaron improperios hacia el conductor. "Tira, a ver si te quedas sin calles y te la pegas" gritó una joven que pasaba por el lugar.

-¿Está usted bien?-preguntó un hombre que le tendió la mano.

Ella asintió levemente con la cabeza mientras era ayudada a levantarse. Una mezcla de rabia e impotencia se iba acumulando en su garganta. "¿Por qué justo hoy?" pensó.

-Sí, pero...- Jessica no tenía palabras para describir la frustración que sentía.

- Menudo sinvergüenza. Voy a llamar al 112- dijo un anciano mientras sacaba su móvil.

-No, no gracias. Solo me he hecho daño en la mano.

-¿Seguro?-preguntó extrañado. Jessica tenía la respiración entrecortada y estaba muy pálida.

-Sí, seguro-contestó ella.

-Vale- el anciano no parecía nada convencido pero tampoco quería presionarla- De todas formas tome, aquí tiene el número de matrícula de ese descerebrado. He podido cogerlo antes de que se marchara-

-Bien. Gracias, muchas gracias. Perdonen pero... tengo prisa-

Jessica se alejó apresuradamente, mientras la multitud a su alrededor la miraba confusa. En otras circunstancias, ella habría llamado a la policía al momento, pero supondría entretenerse demasiado y no era el día adecuado para ello. Más tarde se encargaría de ese asunto. Unas semanas antes, el director del departamento en el que ella trabajaba había anunciado su jubilación para final de año. Y el día en el que nombraría a su sucesor o sucesora había llegado. Jessica era la trabajadora con más años, más experiencia y con mayor formación dentro del departamento, por lo que todo hacía indicar que ella sería nombrada la nueva directora. Sus compañeros cuchicheaban sobre el tema en los descansos y cuando más se acercaba el día, más silencioso era el ambiente en la oficina. Por ello no podía permitirse llegar tarde justo el día en el que (posiblemente) la ascendían, sobre todo por la actitud que solía tener su jefe hacia los que llegaban tarde. En general no era un hombre arisco ni hostil, más bien agradable y bastante cercano con sus trabajadores. Sin embargo, lo que más detestaba es que alguien llegara tarde y no cumpliera con sus horarios.

El único defecto que Jessica veía en él era su irresponsabilidad a la hora de encargarse de sus tareas. Podía entender que no tuviera tiempo para hacer su trabajo los días que tenía hasta tres reuniones seguidas o bien cuando estaba de viaje, pero había ocasiones en las que pasaba horas muertas en su despacho ojeando archivos al azar para comprobar que estaban correctos. Como consecuencia, el trabajo se iba acumulando en su mesa y finalmente caía en manos de Jessica. Por el momento, ella había aguantado esa actitud durante todo el tiempo, esperando obtener su reconocimiento tarde o temprano. Con la mano envuelta en un pañuelo, llegó hasta la entrada y tocó el timbre. El responsable de seguridad apareció por el pasillo y encendió la luz. Extrañado, fijó su mirada en la mano herida de Jessica y abrió la puerta.

-Buenos días Jessica-saludó el guardia.

-Buenos días Ramón-

-¿Cazando tigres de buena mañana?-bromeó

-Más bien, esquivando burros-contestó ella entre risas. Desconcertado el guardia se quedó sorprendido pero entendió la indirecta y cayó en la cuenta.

-¿Ha sido un coche?-preguntó alarmado

-Sí, pero solo me ha rozado. Me he hecho daño al caerme.

-Menos mal que no ha sido nada grave-

-Sí. Vaya manera de empezar el día ¿eh?-

-Lo importante no es como empieza Jessica, sino como acaba. Si necesitas algo dímelo-

-Gracias Ramón- antes de marcharse, ella esbozó una leve sonrisa para aligerar su preocupación. Entró en el ascensor y pulsó el botón que la llevó a la tercera planta. Allí estaba su oficina. Se abrieron las puertas del ascensor y el más absoluto silencio la envolvió. Las luces estaban encendidas pero en esos momentos no había nadie. Soltó un soplando de alivio. Necesitaba estar unos minutos sola. Se fue directa al baño. Allí se arremangó y empezó a enjuagarse la herida. No era muy grave pero sí ostentosa y tras unos minutos limpiándosela dejó de brotar la sangre. Sonrió aliviada. Al mirarse al espejo se dio cuenta que su ropa estaba llena de polvo por todas partes. Frotó con un pañuelo húmedo toda la suciedad. Cuando hubo terminado salió, se sentó en su silla y encendió el ordenador. Mientras arrancaba, degustó la tranquilidad que minutos más tarde se desvanecería. En su mesa, el volumen de carpetas había aumentado desde el último día y formaban una enorme columna en su mesa. Decidió esperar a que fuera la hora en la que empezaba su jornada para ponerse con las carpetas. Cerró los ojos y trató de borrar de su mente toda aquella tensión y nerviosismo. Necesitaba recuperarse para pasar un largo día.

Cuando ya era la hora, la gente empezó a llegar en tropel. El ascensor se abría a cada instante y los empleados ocupaban sus puestos de trabajo. Las llamadas empezaron a entrar y la oficina se llenó de un murmullo generalizado. Jessica cogió una carpeta y comenzó con su rutina diaria. La secretaria de su jefe, Cristina, llegó cinco minutos después. Iba bastante alterada y hablando por móvil.

-Sí Arturo, ahora me pongo con ello -comentaba con un deje de impaciencia por teléfono- Acuérdate de que a las doce tienes la reunión. Hasta luego-cortó la llamada y pasó de largo frente a la mesa de Jessica mientras miraba una carpeta. Se sentó en su mesa y empezó a ojear unas hojas. Su expresión se tornó en desconcierto. No parecía muy convencida de lo que estaba viendo. Jessica decidió saludarla con la excusa de sacar un café de la máquina.

-Buenos días Cristina-

-¡Ah! buenos días Jessica ¿Qué tal todo?-preguntó. Con disimulo, cerró la carpeta y la apartó de su lado. Aunque la conocía de hacía 5 años y tenían confianza, Cristina parecía estar tensa en esos momentos, algo bastante extraño en ella.

-Bien, todo bien. ¿Qué tal fue el cumpleaños ayer?

- Mucho ruido. Menos mal que me fui pronto. Cuando eran las diez o así me fui de casa de mi hermano porque me dio un dolor de cabeza que no veas. Y aun así, tengo jaqueca...-

-¿Sabes algo sobre el asunto del director?-preguntó sin rodeos

A Cristina le pilló de improviso esa pregunta. Sin embargo supo reponerse y mostró una leve sonrisa a Jessica. De nuevo, empujó la carpeta que tenía delante hacia un lado.

-No, la verdad es que no. Según tengo entendido se lo dirá hoy a todos. Veremos qué decide-

Jessica asintió con la cabeza y con el café en la mano, volvió a su mesa. Siempre había pensado que Cristina tenía confianza con ella. Sin embargo, tras la conversación esa no era la impresión que le transmitía. Y debía ser por alguna razón en particular. Por la puerta en esos momentos entró Arturo, su jefe, con aspecto impecable. Tenía unos 65 años de edad bien llevados, unas gafas finas y pelo y barba cano. Su aspecto podía llegar a intimidar a personas que no le conocían, pero era alguien muy simpático y amigable. La gente callaba sus conversaciones cuando lo tenían cerca. Después de saludar a todos, pasó al lado de la mesa de Jessica que quedaba a escasos metros de su despacho.

-Hola Jessica- murmuró su jefe en voz baja

Antes de que ella pudiera contestarle, se metió rápidamente dentro de su despacho y cerró la puerta. ¿Estaban intentando evitarla o era esa su impresión? Tal vez, las circunstancias pedían mayor seriedad por parte de todos, pero Jessica veía un ambiente desmedido.

La mañana pasó sin mayores sorpresas. A la hora del almuerzo, su jefe salió de su despacho y fue hacia su mesa.

-Jessica luego sobre las doce quiero hablar contigo en mi despacho-

-Vale-contestó ella. Una vez se marchó, Jessica agachó la cabeza intentando ocultar su alegría. Por fin había llegado el momento y efectivamente ella sería la elegida. Aguardó con impaciencia durante dos horas la llamada del jefe a su despacho, sin poder centrarse en su trabajo. A las doce en punto tras estar nuevamente encerrado en su

despacho, Arturo salió con decisión al pasillo. Jessica dejó lo que tenía entre manos e hizo un amago de levantarse. Sin embargo, no se dirigía hacia ella sino hacia la mesa de otro compañero suyo, Pablo. Era un joven de 29 años que llevaba siete años en la empresa siendo cuatro de esos años junto a Jessica en el departamento de marketing, en el apartado de ventas. Muy amigable con el resto de compañeros pero bastante descuidado en su trabajo, algo que le había llevado más de un toque de atención. Aun así era alguien muy decidido, sin miedo y dispuesto a mostrar lo que valía. Pablo desconocía el motivo por el que le llamaba y su cara de circunstancias lo decía todo. Entraron en el despacho y cerraron la puerta. Los trabajadores miraban con curiosidad las ventanas del despacho intentando captar alguna señal o palabra que informara de lo que estaban hablando.

Jessica prosiguió con su trabajo. Un grupo de documentos que había estado redactando exigían una fotocopia adjunta para archivar por lo que se levantó con la carpeta y se fue a la fotocopidora que se situaba en la sala de archivo, anexa al despacho de su jefe. Las estanterías estaban repletas de archivadores, carpetas y documentos de los últimos cinco años. En realidad estaban allí por normativa de la empresa pero los archivos estaban todos digitalizados y guardados en múltiples bases de datos, lo que hacía menos explicable su existencia. Pocas veces la había visitado y la gente trataba de evitarla por la falta de limpieza en ella. Estaba tan llena de polvo que incluso las pocas personas que pasaban por allí dejaban marcadas su rastro en la fina capa de polvo que se acumulaba en el suelo. En la esquina estaban las fotocopidoras y en esos momentos no había nadie dentro. Cuando estuvo a punto de empezar a hacer fotocopias escuchó un murmullo en la sala, como si dos personas estuvieran charlando en las estanterías del fondo. Le extrañó sobremanera, ya que no había escuchado absolutamente nada en todo el tiempo que llevaba allí. Dejó las carpetas y buscó entre las estanterías, pero no encontró a nadie. Las voces volvieron a surgir, pero Jessica comprendió que no provenían de dentro de la sala sino del despacho de su jefe. No pudo evitar la curiosidad y se colocó cerca de la pared de donde emergían las voces. Desde esa posición se escuchaba perfectamente toda la conversación.

-¿Seguro?-cuestionó la voz de Pablo

-Por supuesto ¿Te lo diría si no fuera así?-replicó Arturo. Tras unos segundos de silencio volvió a cuestionar a Pablo

-¿No quieres ser director de marketing?

-Por supuesto que sí pero...-pausó y midió bien sus palabras. No quería parecer desagradecido pero la confusión se notaba en el tono de su voz- yo creía que elegirías a otra persona con más experiencia en el departamento-insinuó Pablo

Ese comentario fue seguido de un silencio sepulcral. La única persona en el departamento que tenía más años de experiencia que él era Jessica. Pablo estaba intentando conseguir una explicación de por qué era elegido.

-No me malinterpretes me parece fenomenal, un gran paso para mí. Simplemente me ha sorprendido.-dijo intentando suavizar el ambiente

-Sé lo que tratas de decirme Pablo. Te he entendido. Pero deja que te explique algo.- Jessica acercó más su oreja a la pared. Tenía el corazón en un puño.

-No quiero que salga de estas cuatro paredes. Jessica lleva muchos años en la empresa y haciendo un trabajo muy bueno pero ser directora exige muchas cosas. Y una de ellas es saber enfrentarse a los tiburones que intentaran comerte. Tiburones que golpean las pequeñas barcas que ven en el mar, que te amenazan, que enseñan los dientes, todo con la intención de que caigas al agua. Y salir con una barca endeble a un mar de tiburones hambrientos es una mala idea. No es su lugar y la barca puede acabar mal ¿Entiendes lo que quiero decirte?-

Pablo se mostró dubitativo unos segundos

-Si...creo que si-contestó

-Si los conoces de antemano jamás querrías subirte a una barca para pelear con ellos. La única manera de hacerles frente es haber nacido como ellos, dentro del agua. Y tú naciste como ellos. Ella no. Harían lo imposible para que cayera y una vez en el agua desapareces del mapa. En general ellas...las barcas no están hechas para esto. Ninguna de ellas. Nosotros si-

Jessica estaba quedándose helada. Sin darse cuenta, tenía la boca abierta y las piernas le temblaban de la impresión. ¿Pero quién era aquel Arturo que estaba hablando?

-Pero yo nací en tierra ¿Cómo puedo llegar a ser tiburón?-cuestionó Pablo. Una vez más sacaba a relucir su decisión y descaro.

-Los bebés saben nadar nada más nacer. Pueden aprender ser tiburones. Pero para ello tienen que haber una serie de requisitos que se exigen necesarios. Y sobre todo tener siempre cuidado con lo que se hace... y con lo que se dice-sentenció Arturo con tono desafiante

Jessica se dio cuenta que llevaba unos 10 minutos, escuchando la conversación y tras las últimas palabras de Arturo un silencio se apoderó de la sala. Se alejó de la pared y fue de nuevo hacia la fotocopiadora pero antes tomó asiento intentando asimilar todo lo que había escuchado. La historia que había contado no era una simple metáfora, sino una declaración de intenciones en toda regla. Pablo había demostrado con disimulo su desacuerdo con la decisión pero no era estúpido. No rechazaría el puesto,

ni tampoco se arriesgaría a ser alguien cuestionado por su ingratitud. Aun así mostró una entereza que pocos tendrían en una situación así. Ahora sabía a lo que se enfrentaba. Permaneció sentada unos minutos mirando al vacío, sintiendo una profunda decepción y un gran vacío. Curiosamente era algo muy diferente a lo que sintió por la mañana con el incidente del coche. Pero eso no iba a quedar ahí. Arturo quería verla y entonces aclararían un par de cosas.

Salió de la sala de archivo y fue directa a su mesa con los documentos sin fotocopiar. Allí aguardó la salida de ambos. Cristina pasó por su lado y la miró extrañada.

-¿Estás bien?-preguntó

-Sí, tranquila. Tengo que hablar con Arturo- Jessica se percató de su tono hostil pero no podía evitarlo.

La puerta del despacho se abrió de par en par y Pablo salió de allí con gesto de desconcierto. Seguido de él salió Arturo que miró a Jessica y le hizo señas para que entre a su despacho. Jessica fue con paso decidido. Entró sin mirarle a la cara y se sentó en la silla que había frente a la mesa. El despacho tenía un aspecto pomposo y señorial con moqueta incluida, un contraste muy grande comparándolo con el aspecto de la oficina y sobre todo con el de la sala de archivo. Arturo tomó asiento y dejó a un lado unos documentos. Apoyó sus codos en la mesa y dio un largo suspiro.

-No me voy a andar con rodeos Jessica. Como ya sabe, hoy me tocaba anunciar al que será mi sustituto a partir de ahora. La empresa tiene confianza en mi criterio y recursos humanos me dio la posibilidad de seleccionarlo porque confían en mí y porque conozco a todos en la oficina mejor que nadie. Por ello tengo una gran responsabilidad. De mi será la responsabilidad del funcionamiento de la empresa en el departamento de marketing los próximos meses-

Las palabras de Arturo se asemejaban a una gran cascada de agua que trataba de ocultar lo que había al otro lado. Eran fútiles para apaciguar el ánimo de Jessica y ella mantuvo su rostro impasible. Únicamente con decir que conocía en la oficina a todos mejor que nadie, le daban ganas de reír.

-Después de mucho tiempo analizando las distintas posibilidades y evaluándolos, he llegado a la conclusión, de que Pablo debería ser elegido como nuevo director de marketing. Tiene entrega, mucho entusiasmo y trabaja muy bien. Creo que es la mejor opción-

Ella permaneció en silencio, ahora intentando reprimir su enfado y centrando sus esfuerzos en controlar su respiración. Todo eran mentiras, puras mentiras. Y él no dudaba en afirmarlas sin remordimiento.

-¿Qué opinas? ¿No dices nada?

-¿Y por qué me lo dices personalmente? ¿Por qué no has esperado a que me enterara junto al resto?-preguntó ella molesta

-Bueno Jessica, tú eres la trabajadora con más años en marketing. Tu opinión es importante para mí y para el departamento-

-Mentira-repuso ella

Arturo se quedó impresionado por la contestación

-¿Cómo dices?-

-Que es mentira. Todo lo que me has dicho forma parte de una gran mentira que intentas crear. Y lo peor de todo, es que intentas convencerte a ti mismo.-

-Jessica, no sé a qué viene todo esto, pero creo que te estás pasando. Tenemos confianza, pero eso no te da derecho a...

-Perdona, pero no te atrevas a decir a lo que tengo derecho y a lo que no- le cortó ella- Eres un retrógrado. Vives en el siglo equivocado Arturo. Las cosas han cambiado desde hace tiempo. ¿Piensas que no sería capaz de poder hacer frente a las responsabilidades de ser directora? Llevo 18 años trabajando en este departamento y tengo 36. Y para colmo los últimos 3 años han sido con carpetas tuyas encima de mi mesa. Jamás te reproché nada, pero durante todo este tiempo he estado aprendiendo a hacer cosas que no corresponden con mi cargo. ¿Y esta es mi recompensa?

-No sé por qué dices todo esto, Jessica. Si por mí fuera, el puesto sería tuyo pero me veo incapaz y...

-Mentiras y más mentiras. Lo he escuchado todo desde la sala de archivo, Arturo. Deberías insonorizar tu despacho en vez de gastar tanto dinero en lámparas y moquetas-

Llegados a ese punto, Jessica no pensaba callarse nada. Su jefe necesitaba oír todas las verdades. Arturo mostraba cada vez un aspecto más pálido y tenso

-Jessica, lo que has oído antes tiene una explicación...-

-No necesito oírla Arturo. Me da igual lo que digas. Pensaba que me estabas introduciendo a labores que podría hacer en un futuro próximo y no que te estabas aprovechando de mí. Pero ahora, lo único que sé es que has elegido a un director con un criterio de cavernícola, que deja sin posibilidades a ninguna mujer de esta oficina. Me alegro por Pablo, tiene un futuro maravilloso y se lo merece eso me lo ha demostrado hoy. Pero tú sabes perfectamente que has sido injusto-

Arturo pareció avergonzado y furioso al mismo tiempo. Miró con recelo la pared que daba a la sala de archivo y estuvo pensativo durante un tiempo. Su silencio lo decía todo. Jessica no podía ni imaginarse lo que pasaría si el resto de la oficina se enteraba de quien había sido realmente su jefe durante todo este tiempo.

-Pensaba que eras alguien normal Arturo. Alguien sin prejuicios y que solamente veía personas y no sexos. Alguien que sabe perfectamente que enseñarle el trabajo correspondiente a Pablo llevara más de un mes y que me corresponderá a mí hacerlo porque tú estarás demasiado ocupado. Palmaditas en la espalda, fiestas de despedida, reunión con los jefes... das vergüenza ajena-

Arturo asintió con la cabeza, mientras miraba al vacío. No se atrevía a mirarla a los ojos.

-Creo que no es necesario que sigamos con esta conversación-

-Yo también lo creo-respondió ella

-Esta es mi decisión Jessica. Si no te gusta presenta una queja. Pero no vamos a seguir con esto, porque solo puede ir a peor. Se acabó ¿Está claro?

-Cristalino.- contestó. Jessica se levantó de la silla y sin decir nada más, se dirigió hacia la puerta.

-¿Qué te ha pasado en la mano?-preguntó él. Curiosamente, era la única persona, aparte del guardia, que se había dado cuenta de la herida que tenía en la mano.

-Un mundo injusto. Eso es lo que me ha pasado-replicó

Jessica pasó el resto del día ocupándose de hacer únicamente el trabajo que le correspondía. Las carpetas de su jefe se las dejó a su secretaria para que se las pasara cuando tuviera ocasión. No deseaba hablar con él, a no ser que fuera absolutamente necesario. Por la tarde, cuando solo quedaba media hora para el cierre de la oficina, Jessica se dio cuenta que no había hecho las fotocopias por la mañana y se fue directa a la sala de archivo nuevamente. A través de los cristales del despacho se veía a Arturo hablar a la pantalla de su ordenador, seguramente por una video llamada. Una vez en la sala de archivo, volvió a escuchar ese rumor que por la mañana había escuchado. Jessica dudó unos instantes, pero se dirigió de nuevo a la pared que daba al despacho y puso atención a las palabras que resonaban con claridad en la sala.

-No, no lo entiendo. Ella merece ser la primera candidata al puesto - dijo la voz disgustada de Arturo

-Ya te dije lo que podía pasar. Lo dejé bien claro. No intentes hacer algo de lo que luego te arrepientas.-avisó otra voz

-¿Me estás amenazando?-

-Te estoy advirtiéndote. Y como ya sabes, a ti no te puede pasar nada, pero ella puede acabar mal. Un puesto de directivo puede ser muy estresante si no se cuenta con el apoyo del resto de directores y accionistas. ¿Cuánto crees que duraría? Pueden llegar a destruir su carrera por completo ¿Por qué hacerla pasar por algo así?-

-Porque se lo ha ganado Francisco. Y hoy he quedado como un imbécil y he fingido ser alguien que no soy, mientras vosotros os guardáis bien las espaldas - repuso con enfado

-Ahora no puedes echarte atrás. Recuerda que te quedan unos meses en el puesto y debes cumplir con tu trabajo. Además tú pediste que este tema fuera decisión tuya y nosotros aceptamos a que eso fuera así. Insististe en ello-

- Pensaba que tendría libertad para elegir a quien yo quisiera. Lo que no acepté fue a someterme a una presión anormal por parte de los directivos y accionistas para no nombrar a una mujer en el cargo porque creen que no sabrá hacerlo igual que un hombre.

-Si tanto te molesta, denúncianos. Pásate dos años intentando demostrar nuestro "machismo" cuando podrías estar tranquilo en tu casa y no en juicios perdiendo dinero en abogados y ganándote disgustos. Te vas a jubilar, ¿Para qué buscar problemas si puedes vivir tranquilo? Olvídate y haz lo mejor para todos-

-Sois unos sinvergüenzas -

-Bueno, basta ya Arturo. He aguantado tus faltas de respeto y tu grosería. Te conozco de mucho tiempo pero escúchame bien: no quiero saber nada más del tema. Decide lo que creas oportuno pero ya sabes lo que pasará. En tus manos está. Te veo luego.-

Con esas últimas palabras la conversación cesó. Un golpe dentro del despacho sobresaltó a Jessica. Parecía que Arturo había dado un puñetazo a la mesa. Así que después de todo, las razones de su no ascenso provenían de los altos cargos. Y estaban dispuestos a presionarla para que abandonara en el caso de que fuera elegida. Incluso a destruir su carrera una vez despedida, todo esto como advertencia para que no fuera elegida por Arturo. Él era utilizado como chivo expiatorio para lavarse las manos. Su insistencia para ser él quien decidiera su sucesor y el hecho de que se jubilaba les sirvió en bandeja de plata la ocasión de cubrirse las espaldas. Comprendió entonces el cambio de actitud de su jefe y la conversación que mantuvo con Pablo y con ella. En cierta manera, tuvo remordimientos por lo que le dijo, porque si no hubiera estado presionado, ella hubiera sido la elegida. Aun así, ella no podía evitar estar enfadada con él. Podía haber decidido contárselo y explicarle a lo que se enfrentaba y sabiéndolo darle la opción de si seguir adelante o no. Aunque tal vez lo había hecho

para protegerla. La mente de Jessica era un lio enorme. Lo que sí estaba claro, es que por hoy ya había tenido suficiente. Miró su reloj y para su sorpresa vio que ya eran las siete de la tarde. La puerta del despacho de su jefe dio un portazo, lo cual indicaba que la jornada ya había acabado. Una vez fuera escuchó cómo decía a la oficina que el anuncio del sucesor se aplazaba para otro día. Jessica cogió los documentos, salió de la sala y se fue a su mesa. Apagó su ordenador y recogió sus cosas a toda velocidad. Cuando ya encaraba el ascensor, Pablo surgió en mitad del pasillo con la misma dirección. El también llevaba la chaqueta puesta y el maletín en la mano. Se percató de la presencia de Jessica y esbozó una sonrisa

-¿Qué tal Jessica? Ya nos vamos a casa-dijo en tono entusiasta

-Sí-respondió ella

Ambos entraron solos en el ascensor. Cuando las puertas se cerraron, Pablo no pudo evitar romper el silencio.

-Jessica, tengo que contarte algo pero... no puedo decírtelo ahora. Te llamaré después al móvil

-No te preocupes Pablo. Sé que te han elegido como nuevo director. -dijo ella

Pablo se quedó sorprendido por la revelación, pero eso no era únicamente lo que quería contarle.

-¡Ah! Bueno sí. Sé que es injusto pero... no es solo eso. Quiero contarte una cosa sobre Arturo. Algo, que me ha dejado alucinado.

-Sí, yo también -contestó ella

-Vale- las puertas del ascensor se abrieron y un ruido ensordecedor les envolvió. El vestíbulo estaba lleno de gente que salía del edificio -luego hablamos-

Jessica se despidió tímidamente con un saludo y le siguió en su salida del vestíbulo. En la calle pudo respirar hondo y sentir el aire fresco en su cara. Saboreó el pequeño paseo que había desde la entrada hasta el parking observando la luna. No sabía cuál sería su futuro, pero desde luego estaba decidida a buscar otras opciones donde sí pudiera progresar y conseguir nuevas oportunidades. No iba a quedarse estancada por deseos ajenos, de eso nada.

Pero una vez más, parecía que la sorpresa no quería abandonar a Jessica en aquel día. Vio a su jefe acercarse a un coche que acababa de estacionar. Del coche salió un hombre que a Jessica le resultaba muy familiar. Haciendo caso omiso a ese asunto subió a su coche y arrancó el motor. Por su lado pasaron Arturo y el otro individuo andando y charlando. Esta vez Jessica sí pudo reconocerlo. Ese hombre era el mismo

que por la mañana había estado a punto de atropellarla. Pero mayor aún fue su sorpresa cuando escuchó cuál era su nombre.

-.... pero es que no lo comprendo Francisco...-

-Ni falta que te hace Arturo- respondió

Francisco. Era el nombre del ejecutivo con el cual había estado hablando durante esa tarde por videoconferencia. Eran la misma persona. El hombre que decidió escapar a toda velocidad con su coche, era el mismo que no dejaba que una mujer ascendiera a directiva. Y lo más seguro es, que si se vieran cara a cara en la oficina, ese hombre no podría reconocerla. Para asegurarse Jessica sacó de su bolso el papel que el anciano le había dado esa misma mañana con su número de teléfono y el de la matrícula del coche para comprobarlo. Efectivamente, lo era. Una sensación de euforia empezó a recorrerle la espalda hasta llegar a todo su cuerpo. Empezó a reír y no paró. Acabada su jornada era hora de ocuparse del incidente de la mañana. Puso la primera marcha y salió del parking sin poder borrar su sonrisa. Al fin y al cabo el día iba a terminar mejor de lo esperado. El guardia tenía razón: lo importante no es como empieza sino como acaba.